



En un momento de transformación que se puede calificar, sin exageraciones, de "histórico", el recurso a la reflexión sobre las diversas fases de la historia republicana de Venezuela no se ha usado como fuente de sabiduría para caminar sobre el terreno firme de la experiencia.

No resulta fácil encontrar la palabra adecuada para describir el momento que vive Venezuela. Se entremezclan variadas sensaciones que indican que algo distinto a lo "normal" está pasando. Los problemas sociales, resumidos en la situación de pobreza, siguen persistentemente allí. La economía se mantiene dentro de los parámetros conocidos, aunque las perspectivas lucen sombrías. Las instituciones se siguen deteriorando. El ambiente político luce enrarecido. La transitoriedad, vinculada a los cambios iniciados en 1998, se ha convertido en una rebelde inestabilidad política que se manifiesta como obstáculo a la gobernabilidad.

Da la impresión de que los dirigentes del proceso que vive Venezuela ven

la primera curva del circuito como si fuera ya la "recta final", por tanto, sienten que están llegando a la meta, sin percatarse de la distancia real a la que ésta se encuentra. De muchas maneras se advierte en la sociedad venezolana la distancia entre el dicho y el hecho de las propuestas oficiales. Más aún, aumenta la sensación de la existencia de un "doble discurso" de los responsables del cambio que están a la cabeza de las instituciones.

De la incertidumbre a la frustración

Como todos los procesos de transformación profunda, los venezolanos hemos vivido estos años con una buena dosis de incertidumbre. Nos guía-

Recapacitar para rectificar

ARTURO SOSA A.

ba la convicción de que era posible lograr cambios profundos apoyados en las actitudes e instituciones democráticas. Sin embargo, en las últimas semanas han empezado a producirse situaciones propias de los momentos críticos de un sistema político: aumento de las manifestaciones de descontento y presión sobre el gobierno, aparente imposibilidad de que sucedan normalmente aspectos de la vida pública como las elecciones sindicales, pronunciamientos públicos de la cúpula militar, declaraciones y contradeciones de los miembros del gabinete, "cacerolazos" espontáneos, agresividad crecida en las declaraciones de gobierno y oposición.

El círculo vicioso entre las grandes expectativas puestas en la capacidad de una persona o un grupo político ("mesías"), y, la frustración por no verlas realizadas se ha abreviado de una forma alarmante. Una de las razones es, sin duda, lo exagerado e individualizado de las expectativas que se pusieron en la actual dirigencia. La convicción generalizada de que bastaba sacar del ejercicio del poder del Estado a los partidos políticos, corrompidos en él, y designar personas honestas para los cargos públicos para que cada venezolano viera resuelto sus problemas inmediatos y tuviera abierta la posibilidad de realizar sus expectativas individuales, es uno de los principales factores para explicar la velocidad con la que se ha visto afectada la legitimidad de los actuales dirigentes del país.

La imagen y popularidad de Hugo Chávez Frías se percibió, en coherencia con una de las características de la cultura política gestada a lo largo del siglo XX, como la clave del presente y el futuro de Venezuela. Esa percepción lo lleva a la Presidencia por la vía del voto mayoritario y conlleva a su alrededor una importante base de apoyo para los primeros pa-

ses del proceso de cambio. Así se explica la aceptación de la Asamblea Constituyente y de la propia Constitución de 1999, la elección de Alcaldes, Gobernadores y del propio Chávez por segunda vez a la Presidencia en menos de dos años. El ejercicio de la Presidencia que ha hecho Hugo Chávez, hasta ahora, ha incidido directamente en acelerar la frustración colectiva que empieza a sentirse con fuerza.

Hugo Chávez, en lugar de emplear su apoyo social, capacidad de comunicación con la población y propuesta de cambio profundo (revolucionario) ampliamente aceptado, para propiciar la transformación de las características mesiánicas, rentistas y centralistas de las actitudes políticas de la población, las refuerza. Ejerce un liderazgo de excesivo corte personal que genera la sensación de que todo depende directamente de su decisión. No ha sido capaz de convertir las líneas maestras de una propuesta de cambio social y político, que ha tenido el apoyo generalizado de la sociedad, en un programa de gobierno coherente y unos planes a corto plazo que vayan encaminando la acción del Estado y de la sociedad a realizarlo. Por el contrario, va creciendo la distancia entre esas líneas maestras de consenso y la práctica cotidiana de los poderes públicos.

Alianzas, equipos, diálogo y negociación

De esta manera, ha sido imposible contar con un equipo de gobierno coherente y con alianzas políticas estables. Posiblemente una de las mayores responsabilidades históricas de Hugo Chávez se ubiquen en esta dimensión de lo que pudo haber sido y no fue. Como en pocas oportunidades en la historia de la República, había la posibilidad de reunir un grupo

de personas capacitadas y dispuestas a contribuir a la sentida necesidad de transformar pacífica y democráticamente las bases de la convivencia de la sociedad venezolana. Personas, grupos, organizaciones e instituciones públicas y privadas, estuvieran dispuestas a contribuir, desde su experiencia y con sus capacidades, a avanzar hacia esa Venezuela que se dibujaba en los mensajes del Presidente por el camino del diálogo y la negociación, como instrumentos para obtener los consensos necesarios y lograr la participación coherente y complementaria de los distintos grupos y personas.

Un ejemplo de lo que venimos diciendo son las relaciones con la Iglesia Católica. Dentro de la Iglesia, como en el resto del país, se gestó una actitud de contribuir lo mejor posible a la profundización de la democracia, fortaleciendo la participación organizada del pueblo en la construcción de una Venezuela mejor que la que tenemos. A unos les simpatizaba más que a otros la figura de Hugo Chávez, sus colaboradores inmediatos o sus grupos de apoyo. Se veía, sin embargo, que se había fraguado una oportunidad en la que era posible consolidar procesos que se venían impulsando en el seno de las capas más pobres de la población, establecer políticas públicas para la superación consistente de las causas de la pobreza creciente, y crecer en las dimensiones culturales propias de una sociedad democrática, cuyo sujeto sea el pueblo organizado, la ciudadanía y la sociedad civil. Dentro de la Iglesia se produjo una amplísima disposición a contribuir desde su variada red de acciones sociales a convertir las posibilidades en realidades.

En estos años se ha hablado y escrito mucho en Venezuela sobre su proceso. Algunos de los colaboradores inmediatos del presidente Chávez han

ocupado diariamente grandes espacios en los medios, han participado en toda clase de encuentros, jornadas y actos de masas. También los "opositores" han contado con vastos espacios para expresar sus ideas. Sin embargo, no se puede afirmar rotundamente que haya habido diálogo y, menos aún, negociación. La Asamblea Nacional Constituyente fue el primer gran foro posible para dialogar y negociar, pero se tomaron decisiones, en última instancia, por la opinión "mayoritaria" de la cabeza del Estado. Algo semejante puede afirmarse de los instrumentos legales generados bajo el marco de las dos leyes habilitantes, de los procedimientos para nombrar los funcionarios públicos de la nueva institucionalidad (Tribunal Supremo de Justicia, Defensoría del Pueblo, Contralor General, Fiscal General, Consejo Nacional Electoral). No se aprovechó la ocasión de tomar esas decisiones claves experimentando una nueva forma de ejercer la democracia con un papel protagónico de la ciudadanía, estando dadas las condiciones para poder hacerlo.

En un momento de transformación que se puede calificar, sin exageraciones, de "histórico", el recurso a la reflexión sobre las diversas fases de la historia republicana de Venezuela no se ha usado como fuente de sabiduría para caminar sobre el terreno firme de la experiencia. Por el contrario, se ha usado la historia para justificar posiciones. Más bien se ha convertido la compleja historia de los siglos XIX y XX en unas "comiquitas" con héroes y villanos, etapas de luz y otras de sombra que más llevan a ocultar la realidad que a iluminar su comprensión. Hugo Chávez ha expresado consistente y repetitivamente visiones poco históricas del pasado venezolano, normalmente para apoyar posiciones puntuales y muy coyunturales. Este uso de la historia,

lejos de convertirse en una manera de sacarle provecho a la oportunidad que se abrió para avanzar como sociedad y como nación en el deseado camino de la democracia y el desarrollo sustentable, contribuye a quitarle densidad a lo vivido como pueblo, perder la memoria que fortalece la identidad, y aumentar los riesgos de reproducir las equivocaciones.

Sin embargo, el diálogo y la negociación es posible. La experiencia que se ha tenido, hasta la presentación para su aprobación en primera discusión de la Ley de Educación, es una demostración palpable. Tanto los miembros de la Comisión de la Asamblea Nacional, representantes de diferentes posiciones políticas y mayoritariamente identificados con el gobierno, como las instituciones educativas (Asamblea Nacional de Educación, Asociación Venezolana de Educación Católica, etc.) y personas interesadas que participaron activamente en la negociación llegaron a comprender que se estaban poniendo las bases de la educación del futuro. Desde ese interés común se logró reunir en un texto de convergencia las posiciones distantes en su punto de partida. La segunda discusión de la Ley de Educación, si se sortean las amenazas de retroceso que vienen del propio Ministerio de Educación, es la ocasión para perfeccionar la negociación, a través del diálogo, y ofrecer al país un instrumento clave para garantizar un futuro mejor mediante una educación de calidad para todos a la que se contribuya desde todas las esferas, públicas y privadas, de la sociedad.

Rectificar o renunciar

La coyuntura mundial incide en la sensación de "anormalidad" de la situación venezolana. Los síntomas de recesión mundial, especialmente de la economía de los Estados Unidos,

tienen efectos directos en la salud fiscal de Venezuela. Las perspectivas fiscales del año 2002 lucen difíciles por la depresión del mercado y los precios petroleros internacionales. A ello se suma la aprobación de una Ley de Hidrocarburos poco estimulante de las necesarias inversiones extranjeras para aumentar la capacidad de producción y procesamiento de los cru- dos venezolanos.

Los esfuerzos del Gobierno de Chávez por promover un mundo multipolar, en el que la globalización no sea instrumento de los poderosos para afianzar las relaciones de injusticia entre las naciones y pueblos, forman parte de una arraigada tradición de la diplomacia venezolana por la que el país ha sido reconocido como un proveedor seguro de hidrocarburos, al mismo tiempo que neutral en los conflictos bélicos y propiciador de la paz mundial a través del fortalecimiento de un "nuevo orden mundial" con sus propias estructuras internacionales independientes de los intereses particulares de cada nación. A raíz de los ataques terroristas del 11 de Septiembre de 2001, en Washington y New York, se hace aún más importante la tradición venezolana a favor de la justicia y la paz mundial. Al mismo tiempo, se hace necesario que se exprese adecuadamente, evitando malos entendidos y actuando con la prudencia propia de las diplomacias maduras. El Presidente Chávez no lo ha logrado en todas sus intervenciones y se ha visto obligado a explicar sus propias palabras, cambiar la ruta o agenda de sus viajes, etc. Algunos de los miembros de su gobierno tampoco han ayudado a que la posición de Venezuela se exprese con la claridad necesaria. Voces opositoras han querido también sacar provecho circunstancial para sus intereses locales de la delicada situación que vive el mundo y en la que Venezuela necesita tener una posición como nación.

Se viene dando, entonces, un progresivo endurecimiento de posiciones de diferentes sectores de la vida venezolana: los sindicatos se vieron obligados a terminar las elecciones de la Confederación de Trabajadores de Venezuela sin la ayuda del Consejo Nacional Electoral; Fedecamaras suspendió sus conversaciones con el gobierno y convocó una Asamblea Extraordinaria para reformular su estrategia pública; en la Asamblea Nacional prospera la discusión de un voto de censura a la Vicepresidenta por comprometer al país en posiciones internacionales no compartidas ni siquiera por las fuerzas que apoyan al gobierno. Se habla abiertamente de los diferentes modos de reducir el período presidencial y no cesan, incluso, los rumores sobre las conspiraciones orientadas a propiciar hasta un golpe de Estado. En los medios aparece una y otra vez la alternativa "rectificación o renuncia".

Evidentemente, el Presidente Chávez tiene que tomarse en serio esta advertencia y ponerse a la cabeza de un movimiento de diálogo nacional abierto a todas las posiciones que restituya algo de la confianza perdida, y evite un deslizamiento hacia una situación de anomia social que pueda derivar en anarquía política.

Sin embargo, la disyuntiva no es para el Presidente Chávez, su gobierno o el bolivarianismo que lo apoya, es para toda la sociedad venezolana y cada uno de sus miembros. La renuncia del Presidente, en sí misma, no soluciona nada. Por el contrario, puede convertirse en un catalizador de la anarquía. El problema del país no es la figura de Hugo Chávez Frías. Su presencia o ausencia en la Presidencia de la República no es la causa, sino la consecuencia de las tendencias sociales. Conseguir la sustitución de una figura mesiánica por otra no hace sino reeditar el ciclo de expectativas – frus-

tración de irnos hundiendo en la desazón y retrasar los pasos firmes hacia un desarrollo sustentable.

Se impone, por consiguiente, la rectificación, no sólo del Presidente y su Gobierno, sino de todos los miembros de la sociedad venezolana. Rectificar es ratificar el rechazo absoluto a las vías de fuerza, a los golpes de Estado, y a la búsqueda de nuevos caudillos. Queremos hacer tradición que los cambios en Venezuela se producen democrática e institucionalmente. Es el momento de comportarnos y crecer como ciudadanos, es decir, de tener el bien común como objetivo prioritario de nuestras acciones, de encontrar los caminos más efectivos para lograrlo, de construir modelos alternativos posibles de relaciones económicas y sociales, de organizar las fuerzas políticas capaces de convertirlos en programas de gobierno y de conseguir democráticamente el apoyo para realizarlos desde el poder del Estado.

ARTURO SOSA A.

POLITÓLOGO. PROVINCIAL DE LA COMPAÑÍA DE
JESÚS EN VENEZUELA

Se impone, por consiguiente, la rectificación, no sólo del Presidente y su Gobierno, sino de todos los miembros de la sociedad venezolana. Rectificar es ratificar el rechazo absoluto a las vías de fuerza, a los golpes de Estado, y a la búsqueda de nuevos caudillos. Queremos hacer tradición que los cambios en Venezuela se producen democrática e institucionalmente.